

Sergio Ramírez: ensayista y crítico literario

Ramón Luis Acevedo Marrero
Catedrático- Departamento de Estudios Hispánicos
UPR – Recinto de Río Piedras

Resumen

En los últimos años, el nicaragüense Sergio Ramírez, cuentista y novelista laureado y reconocido internacionalmente, se ha convertido en una de las principales voces de la intelectualidad latinoamericana a través de sus ensayos y artículos periodísticos. *Señor de los tristes, sobre escritores y escritura* reúne artículos, ensayos y conferencias publicadas durante la pasada década que nos permiten estudiarlo como ensayista y crítico literario. Su enfoque es personal y humano, pero agudo, sensible e inteligente en el análisis y valoración de obras y autores. Parte de sus vivencias personales como lector y de su conocimiento personal de los autores, los sitúa dentro de su contexto histórico y remite sus obras continuamente a otras dimensiones políticas, sociales y culturales. El punto de partida es su Nicaragua, pero desde allí se proyecta al ámbito internacional. Así examina las obras de autores nicaragüenses, como Darío y Cardenal; centroamericanos, como Asturias y Cardoza y Aragón; hispanoamericanos, como Borges, Neruda y Cortázar, y hasta algunos que rebasan las fronteras hispánicas. El hilo unificador es el de las relaciones complejas y siempre problemáticas entre la escritura y el poder. Además, preside su pensamiento un lúcido utopismo y una genuina preocupación por los grandes problemas sociales, políticos y existenciales que enfrentan los latinoamericanos. De esta manera, Ramírez se inserta dentro de la mejor tradición ensayística de Nuestra América

Palabras clave: Sergio Ramírez-Señor de los tristes- ensayos- Nicaragua- escritura y poder

Abstract

In recent years, the Nicaraguan Sergio Ramírez very well known novelist and short story writer, has become one of the main intellectual voices from Latin America for his journalistic articles and essays. **Señor de los tristes, sobre escritores y escritura (Lord of the Sorrowful, about writers and writing)** is a collection of his articles, essays and lectures published during the last decade and it allows us to study him as essayist and literary critic. His approach is personal and humane, but also sharp, sensible and intelligent in the analysis and evaluation of writers and their works. His experience as a reader and his personal relation with the authors, as well as their place within their historical context, are basic elements for him that allows him to relate their literary production to other political, social and cultural dimensions. His point of departure is his native Nicaragua, but from here he projects himself to the rest of the world. In this way, he examines the works of Nicaraguan writers, such as Darío and Cardenal; Central Americans, like Asturias and Cardoza y Aragón; Spanish Americans, like Borges, Neruda and Cortázar, an even others outside the Spanish speaking world. The unifying theme is the complex and problematic relation between writing and political power. Besides that, there is a lucid utopian component in his writings as well as a genuine concern for the great social political and existential problems that Latin Americans confront. In this way, Ramírez situates himself in the very best tradition of the Spanish American essay.

Key words: Sergio Ramírez- Señor de los tristes- essays- Nicaragua- writing and political power

Poco a poco, el nicaragüense Sergio Ramírez, --cuentista, novelista y ensayista—se ha ido convirtiendo en una de las voces principales de la intelectualidad latinoamericana. Y me refiero no a esa intelectualidad que únicamente brilla en el mundo académico, sino a aquella que siente una responsabilidad social y que dialoga con la realidad histórica contemporánea y con el lector medio a través de la ficción y, sobre todo, a través de ensayos y artículos periodísticos de difusión masiva. Ramírez, hombre público, Vice-Presidente de Nicaragua durante la Revolución Sandinista, se une así a otras voces, como las de Carlos Fuentes, Eduardo Galeano y Mario Benedetti, empeñadas en compartir sus reflexiones y visiones críticas de profundo sentido humano.

En realidad, su trayectoria como narrador y ensayista es ya muy extensa, pues se remonta a los años sesenta del pasado siglo. Aquellos interesados en la literatura centroamericana ya conocíamos, desde hace tiempo, sus excelentes cuentos y sus enjundiosos ensayos sobre aspectos culturales y literarios centroamericanos. No obstante, es sobre todo posterior a su desempeño como Vice-Presidente durante el gobierno sandinista y después de haber obtenido el Primer Premio de Alfaguara en 1998 con su excelente novela **Margarita, está linda la mar** que su voz se escucha con fuerza a nivel internacional. Libre ya de compromisos gubernamentales y políticos, armado de experiencias y conocimientos únicos adquiridos en el trato continuo con la letra y el poder, escritor ya curtido y maduro, es muy bienvenida la voz suya; una voz clara, firme, sabia y segura, sin ser dogmática, bien informada, culta, sin ser pedante, sensible a las penurias de

nuestros países y muy humana en su visión de las cosas.

Lo anterior queda evidenciado con creces en su libro de publicación reciente **Señor de los tristes, sobre escritores y escritura** (San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2006). En él reúne conferencias, ensayos, prólogos y artículos periodísticos escritos durante los últimos diez años. El denominador común es la literatura y Ramírez se ocupa de autores nicaragüenses, como Darío, Cardenal y Martínez Rivas; centroamericanos, como Asturias y Cardoza y Aragón; latinoamericanos, como Neruda y Borges; e incluso otros como Graham Greene y José Saramago que rebasan las fronteras del español. El punto de partida es Nicaragua; pero desde allí el ensayista cómodamente se proyecta —como también lo suele hacer en sus novelas y cuentos— al ámbito internacional. Dentro de la mejor tradición ensayística iniciada por Montaigne, estos trabajos parten de vivencias y reflexiones personales. Para Sergio Ramírez, la literatura y los escritores no son ajenos a la vida, sino todo lo contrario. Evidentemente no cree en la tan anunciada “muerte del autor” ni en la autonomía absoluta de la obra literaria. De ahí que cuente mucho para él la humanidad de quien escribe y que la literatura lo remita continuamente a otras dimensiones políticas, sociales, culturales e históricas.

Los textos se agrupan bajo dos grandes subtítulos: “Oficios compartidos: literatura y política” y “Los verdaderos vicios se adquieren temprano: sobre escritores y escritura”. En realidad, la división se basa en cuestiones de énfasis y los temas, las preocupaciones y las estrategias de escritura rebasan esta división un tanto artificial, pero conveniente para orientar la lectura.

Los textos de la primera parte suelen ser más extensos y enjundiosos en términos conceptuales. El hilo unificador, como lo sugiere el subtítulo, es el de las relaciones complejas y siempre problemáticas entre la escritura y el poder. En este sentido sobresalen dos excelentes ensayos: “El esplendor de la invención”, visión panorámica de la narrativa latinoamericana, y “Oficios compartidos”, texto que da título al libro. En este último, aborda directamente y partiendo de su experiencia personal, la dualidad de oficios del intelectual hispanoamericano, quien suele andar “a dos caballos entre la política y la literatura” (p. 29). Nacido en Nicaragua bajo la dictadura de Somoza, estudiante de leyes en León durante la agitada década del sesenta, Ramírez sintió desde el principio y desde la oposición el peso de la vida pública. Desde su bautismo de fuego, cuando las fuerzas del dictador dispersaron a tiros una manifestación estudiantil, vio como congeniales y nada contradictorias la literatura y la política. Más adelante, nos confiesa: “Mis demás años, y los más hermosos de mi vida, los viví con la revolución sandinista, lo mejor que me pudo haber pasado nunca. A veces me inquieta el sólo pensar que pude haber nacido demasiado antes, o demasiado después, y haberme perdido así de participar en aquella vorágine que me cambió para siempre.” (Estas palabras no implican, como veremos, una apología incondicional del gobierno sandinista al cual perteneció.)

De la experiencia personal, Ramírez pasa a la historia colectiva para destacar como, contrario a los Estados Unidos, en Latinoamérica los escritores tradicionalmente han estado cerca del poder y muchos han ocupado altos cargos públicos. “Entre nosotros”, señala, “la acción política, sobre todo,

aquella que se propone una voluntad transformadora, ha comprometido a los intelectuales desde los tiempos de las luchas por la independencia, y ese papel nunca ha dejado de tener congruencia.” (p. 32) Se trata de una larga herencia de intelectuales comprometidos, herederos de Voltaire y Rousseau, que son ideólogos, hombres públicos y escritores. En su caso, no entró a la política por afán de cargos públicos, sino por tratarse de una revolución dispuesta a derribar un poder tiránico y establecer una sociedad más justa. La índole misma de las sociedades latinoamericanas, sociedades en formación donde coexisten lo rural y lo urbano, lo muy actual y lo ya anacrónico, hacen que la vida privada sea continuamente afectada por la vida pública. De ahí que al contar asuntos privados se pase inevitablemente a la historia; de ahí el afán de la narrativa latinoamericana de ocuparse, directa o indirectamente, del Poder y de la Historia, así, con mayúsculas.

Dentro de estas circunstancias, es esencial la libertad del escritor y Sergio Ramírez destaca con orgullo como la constitución nicaragüense tiene un artículo, propuesto por él y por el poeta Cardenal bajo el sandinismo, que especifica que la creación artística y literaria son libres. El otro gran problema es que el político se trague al escritor al consumir todo su tiempo. El ensayista nos confiesa que, en su caso, el sabía que la literatura, su vocación más profunda, siempre lo esperaba, a pesar de silenciarla para dedicarse a la gestión política y gubernamental durante diez años.

En cuanto a las ventajas de la experiencia política para la expresión literaria, Ramírez subraya una sola: conocer el poder desde adentro y ver cómo modifica las vidas de quienes lo

ejercen. El tema le fascina y aparece constantemente en su obra. Se trata de una cuestión humana y contradictoria que se ha manifestado siempre a través de la historia. “El poder”, nos dice, “comienza a deteriorar los ideales desde el mismo día en que se asume; el poder es un ser viviente, y responde a las leyes de la vida.” (p. 38) El poder es “un fascinante proceso que impulsa, deslumbra, discrimina, y luego enfrenta y divide” (p. 38). Del otro lado están las fuerzas del consenso, del equilibrio y la armonía. De la política Ramírez retiene su deseo de opinar libremente sobre los asuntos públicos, su desilusión con los credos inviolables y eternos, la alta valoración de la tolerancia y la fe en las utopías. “Creo”, nos dice, “que la sociedad perfecta no es posible, pero nunca dejaré de creer que la justicia, la equidad, y la compasión, son posibles.” (p. 39) Al fin y al cabo, el oficio político y el literario son ambos ejercicios de la imaginación. Por eso afirma: “yo no he hecho a lo largo de mi vida sino imaginar. Imaginar mundos en mis libros, e imaginar un mundo mejor en mi vida.” (p. 39) Esto nos lleva a su evaluación de la Revolución Sandinista, de la cual fue parte importante. Según él, si se ve desde el lado mesiánico, fracasó porque no logró la justicia social plena, pero dejó un fruto imprevisto: la democracia sin apellidos y una sociedad civil vigorosa. En otro ensayo dirá que fue una revolución frustrada por la codicia.

El otro ensayo sintético y abarcador es “El esplendor de la invención (Temas y motivos de la escritura en América Latina)”. La tesis fundamental es que en Latinoamérica “no hay historias privadas sin Historia pública” (p. 66). Esto lo saben los narradores, a quienes la Historia continuamente desafía, y los

lectores, que se sienten fascinados por este fenómeno. “Los asuntos privados están siempre sometidos al destino, a la irrupción de los acontecimientos, a la anormalidad de la Historia pública que nunca deja de deparar sorpresas y horrores de cataclismo.” (p. 66) De aquí pasa el conferenciante a repasar algunas ideas que son ya tópicos sobre el desarrollo de la narrativa latinoamericana: la invención de América, el mito americano de la naturaleza inconmensurable, la variedad racial y cultural, la visión asombrada y fantasmagórica del Mundo Nuevo, las mitologías indígenas que incorporan proféticamente la conquista española, la imposibilidad de separar imaginación y realidad, y el nacimiento simultáneo de un Mundo Nuevo y una escritura que lo descubre y construye.

Especial significación tiene para Ramírez el mito fáustico que preside el siglo XIX: la transformación del salvaje en civilizado y de la naturaleza en progreso material. Sin embargo, frente a la realidad del atraso y la miseria, el ideal se convierte en utopía. Surge entonces la formidable contradicción entre el proyecto de nación y la espuria realidad heredada. Hubo que esperar al siglo XX para que la novela captara esta compleja historia y el mundo diverso y contradictorio que ha producido. Los creadores aprendieron dos lecciones fundamentales: el reconocimiento de la diversidad dentro de la identidad y la lengua —dinámica, híbrida, transgresiva— como signo de esa identidad. La obra civilizadora del siglo XIX se volverá obra europea, en la medida en que se defina como el imperio de la raza blanca. El mestizo por su parte, luchará contra sí mismo, contra el salvaje que lleva dentro. “Estos son entonces los pesos específicos de la

narrativa latinoamericana del siglo XX: el héroe incubado en el mito de la hazaña redentora, la naturaleza como deidad inconmensurable, la lucha entre civilización y barbarie. Y la interrogante de nuestra identidad como mestizos atrapados entre el mundo indígena, el mundo negro y el mundo europeo.” (p. 72) Siguen pendientes dos temas no resueltos: “el ajuste de cuentas entre el mundo rural y nuestra idea de civilización, entre lo arcaico, conservado como estrato geológico, y lo moderno” (p. 72), en cuya confluencia surgió el realismo mágico; y el universo urbano como “concentración anárquica de capas humanas diversas, punto de llegada de grandes emigraciones rurales, combinación y convivencia de culturas, y centro de prueba de modernidad” (p. 72) La corrupción a gran escala y el tráfico de drogas son los nuevos megadelitos que retan la imaginación de los novelistas.

Al tratar estos temas, Ramírez destaca la importancia de la familia como punto de enlace y convergencia entre la historia privada y la historia pública. Según el novelista nicaragüense, la debilidad crónica del estado y de las instituciones después de la independencia ha hecho que la familia cobre particular importancia y hasta sirva de modelo para la organización política, especialmente la familia del terrateniente, dueño de vidas y haciendas. La familia es fuente de personajes, buenos y malos, santos y demonios, pobres y ricos, locos e iluminados, que en su devenir de generación en generación van trazando el tiempo histórico. Este enlazar historia y novela, ficción y realidad, hasta el punto en que se hagan inseparables e indistinguibles es lo que representa el triunfo del novelista para Ramírez,

experto, por cierto, en la “falsificación” de documentos, personajes y acontecimientos “históricos”.

Ejemplos para él son Balzac en Francia, Tomás Eloy Martínez en la Argentina y Lisandro Chávez Alfaro con **Trágame tierra** en su nativa Nicaragua. El novelista sustituye con ventajas al historiador porque es capaz de recrear y colmar de sentido los mitos de origen histórico, como Eva Perón en **Santa Evita** y el sueño del canal nunca construido en **Trágame tierra**. En buena medida, Ramírez define su propia concepción de la novela esencialmente realista y de base histórica: “Es la novela que se inserta, como aparato de ficciones, dentro del esplendor de la Historia, y se funde con ella, en disputa. La disputa por arrebatarle todo lo que tiene de epopeya, de sorpresa, de terrible y de increíble.” (p. 79) A esto se añade “un sedimento ético que se parece a la esperanza” (p. 82) Termina Ramírez enumerando las nuevas variables que exigen novelización: el poder del narcotráfico, la corrupción impune en las esferas públicas, las nuevas formas de caudillismo y populismo, el derrumbe de la clase media, las consecuencias del deterioro ambiental, los nuevos abismos de miseria, el poder económico y cultural de la globalización, las masivas migraciones clandestinas hacia el Norte y el surgimiento del espionaje todopoderoso del estado.

Los demás textos de esta sección enfocan casos específicos. Carlos Fuentes, en el ensayo dedicado a él, se presenta como el intelectual modélico, no sólo por su práctica literaria, sino también por su postura ética, por ser “un escritor que tocaba los temas de la vida pública, sobre todo, los vicios del poder” (p. 128). Le impresionó, sobre todo, **La muerte de Artemio Cruz**, el relato

tantas veces repetido del revolucionario que se corrompe, y la forma como Fuentes incorpora en él la Historia, la vida privada y los nuevos modos de novelar. También elogia el afán de totalidad en sus novelas y su firme apoyo a la revolución nicaragüense.

Siempre partiendo de lo personal, recuerda, de modo más entrañable, a su amigo Julio Cortázar. Ve a **Rayuela** como novela esencial para los inicios de su generación revolucionaria, ejemplo de terrorismo verbal e inconformidad perpetua. También destaca su apoyo constante a la revolución nicaragüense y su amor a Nicaragua, demostrado de mil maneras distintas. Este ensayo, “El evangelio según Cortázar”, rico en anécdotas personales, nos dibuja el perfil de otro intelectual comprometido que, sin embargo, no rinde su sentido crítico y su libertad de expresión.

Juan Bosch es otro de los escritores que ha ejercido oficios compartidos y que el autor conoció personalmente. En su caso, Ramírez destaca la complejidad humana del mundo rural de sus cuentos, su maestría en el manejo del género y su concepción ética de la literatura, según la cual no puede compartirse con la política. Ambas se pueden cultivar, pero no al mismo tiempo, razón por la cual Bosch abandona el cuento para dedicarse de lleno a la política en su país.

En otro ensayo contextualiza histórica y biográficamente las odas elementales de Neruda y desmonta su ideología optimista y socialista de épica doméstica, de elogio a las cosas sencillas y a los personajes del pueblo, sin ocultar la injusticia fundamental de la estructura social. Su perspectiva humanista integral rebasa las ideologías y su estilo sencillo, comunicante, es un hallazgo que está en perfecta consonancia con su intención de “reivindicar los humildes como los

verdaderos sujetos de la historia” (p. 92).

Por otro lado, destaca **El lápiz del carpintero** de Manolo Rivas como novela española, gallega, muy cercana a la hispanoamericana ya que trata sobre un amor bajo la dictadura de Franco, es decir, sobre “el poder que afecta para siempre a la gente” (p. 86). Además, tiene esa cualidad mágica que es resultado de su hondura popular.

Su ensayo sobre **El poder y la gloria**, novela mexicana del católico inglés Graham Green, es una penetrante interpretación de este clásico del siglo XX. Partiendo de las circunstancias personales e históricas que están en la génesis de la obra, pasa al análisis de la compleja psicología del “Padre Whisky”, protagonista de la novela, y del catolicismo agónico que proyecta el autor en su personaje. Se trata, para Ramírez, de la épica personal de “un hombre acorralado por el pecado, alcohólico, infiel a sus votos de castidad, padre sacrílego de una niña y que debe vivir entre dos infiernos: el de su alma atormentada, y el de la persecución” (p. 104) religiosa en México.

Dos ensayos sobre el “paisano inevitable”, Rubén Darío, completan esta primera sección. En el que abre el libro, prólogo a una edición de **España contemporánea**, traza las relaciones entre el poeta nicaragüense y la Madre Patria. Destaca su admiración por la España eterna de Cervantes, Quevedo y Gracián; pero también analiza su visión crítica y amorosa de la España decadente y derrotada de su tiempo que debía modernizarse con urgencia, según Rubén. En el otro texto va trazando las vidas paralelas de Darío y Martí y destaca su breve encuentro una noche de primavera de 1893 en Nueva York. Más que un ensayo, se trata de un relato de reconstrucción histórica de un

momento que sigue una técnica muy parecida a la que emplea en sus novelas.

La segunda parte del libro consta de textos generalmente más breves y más cordiales y afectivos. Abundan las semblanzas de escritores conocidos, queridos y admirados, como el poeta salvadoreño, Roberto Armijo, eternamente exiliado en París, “un poeta íngrimo que sólo desde la ingrimidad puede copiar su mundo lejano” (p. 155); como el eterno y apasionado dialogante, el poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, exiliado también y maestro de la autobiografía; como el gran poeta nicaragüense, solitario y excéntrico, Carlos Martínez Rivas, evocado en su horno, cueva, panadería y taller de creación de su afilada y rigurosa poesía; como el genial poeta siempre niño Joaquín Pasos, también nicaragüense; como el puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá, el cronista total, el del ojo penetrante, el lenguaje incisivo y la ironía amarga; como Mario Benedetti, poeta popular uruguayo que ocupa para los jóvenes el lugar del baladista; como José Saramago de Portugal, Premio Nobel, con su simplicidad, su dignidad y su firme compromiso social y humano. Casi siempre, es un libro que Ramírez reseña, presenta o prologa el punto de partida de estas semblanzas. Así, por ejemplo, con motivo de la publicación de **Vida perdida**, primer tomo de la autobiografía del nicaragüense Ernesto Cardenal, recuerda su amistad con el poeta y los tiempos de Solentiname. Lo mismo ocurre con el García Márquez, cuyo libro de memorias **Vivir para contarla** sirve de motivo para evocar los encuentros con el escritor colombiano y la pasión compartida por la literatura.

Los ensayos sobre Borges y el nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, el maestro distante y el maestro cercano,

según confiesa, son más extensos y densos conceptualmente. El magisterio de Borges consistió en el deslumbramiento frente al rigor de su estilo, su inmensa y auténtica erudición y su fidelidad a un número selecto de obsesiones. También destaca su humanismo y expresa sus preferencias por el Borges “criollo”, autor de cuentos muy argentinos como “El sur”, “Funes el memorioso” y “El hombre de la esquina rosada”; creador de un mundo parecido al nicaragüense.

Pablo Antonio Cuadra —poeta, dramaturgo, ensayista, periodista y cuentista, miembro muy destacado del Grupo de Vanguardia— es el maestro cercano. A él, quien fuera uno de los opositores más consistentes y articulados del gobierno sandinista, le dedica Ramírez su emotivo Discurso de Ingreso a la Academia Nicaragüense de la Lengua, lo cual demuestra su sentido de justicia, tolerancia y generosidad. El legado del “magisterio callado” de Cuadra fue, sobre todo, el rigor, la firme vocación poética y “la búsqueda permanente de nuestra identidad en sus raíces populares y en los elementos tan variados del mestizaje” (p. 231). El ensayista se dedica a destacar los elementos narrativos en la obra de Cuadra y su visión admirativa del mundo campesino, “mundo de misterio telúrico que envuelve la aventura, el riesgo, el desafío” (p. 239). “Su visión del mundo campesino es patriarcal, pero de ninguna manera exenta de humanismo, de apego no sólo a la tierra, sino también y sobre todo, a quienes la habitan, los campesinos, personajes desvalidos de toda fortuna, y expuestos siempre a la contaminación.” (p. 239) Pese a la belleza, dignidad y profundidad de esta visión, existe el riesgo de que la sublimación del mundo campesino invite

a dejarlo como está, postura defensiva, históricamente justificada durante la dictadura de los Somozas, pero que puede justificar posteriormente posturas muy conservadoras. Ensayo sensible, denso, inteligente, su interpretación de la obra de Cuadra ilumina las tensiones ideológicas del movimiento de Vanguardia en su país.

De los textos restantes conviene destacar dos: “Castillo de luces” y “Esplendor del Caribe”. En el primero destaca el valor de la novela **Mulata de tal** de Asturias, novela de pirotecnia verbal, en que se combina el surrealismo con el mito negro e indígena americano; novela picaresca contada como cuento de camino; novela “ladina”, visión de un letrado del mundo rural; cierre de un ciclo en la obra del guatemalteco y regreso al mismo sueño delirante de **Leyendas de Guatemala**. El segundo es una esplendorosa evocación del Caribe; una enumeración de sus mitos, leyendas prodigios y extrañezas, que pertenecen a la realidad, la literatura y el arte; un Caribe que tiene avanzadas hacia el Pacífico, hacia el Sur de los Estados Unidos y hacia Brasil, y que alcanza hasta la Argentina. Ramírez, como nicaragüense, se siente pertenecer plenamente a este Caribe.

Aparte del valor informativo e interpretativo de estos textos; de su sensible, inteligente y cordial análisis de obras y autores; de la elegancia y fluidez de su estilo comunicante; de su erudición sin pedantería, y de su calidad ensayística; **Señor de los tristes** dice muchísimo sobre el propio Sergio Ramírez; sobre sus lecturas, sus modelos, sus vivencias, su concepción de la literatura, sus ideas sobre el poder, su visión del mundo actual y de la historia latinoamericana; su entrañable identidad nicaragüense y su

identificación con el Caribe. En este sentido, es también un libro esencial para conocer a uno de los principales narradores hispanoamericanos de nuestro tiempo.

Recibido 18-11-06

Aceptado 8-enero-07

